

Luis Balbuena, el hombre que suma y multiplica
SALVADOR PÉREZ

*Él se empeña en definirse como un hombre corriente.
Y quizá lo sea. Pero no sabe lo extraño
que resulta un hombre así. (Manuel Rivas)*

Fontanales, en el municipio grancanario de Moya. Las medianías isleñas, los Altos de las islas, esas otras islas dentro de las islas...Y allí la vida de un niño, entre huertas y gentes cercanas, entre el aire puro del campo y la brisa suave de la confraternidad vecinal: "Yo era espabilado más de la cuenta. Inquieto. Sin llegar a ser el clásico *mataperros* (capaz de hacer maldades o gamberradas) la gente me recuerda como un niño que no estaba quieto, que hacía algunas trastadillas. Recuerdo, como hecho a no olvidar como un perro me persiguió y de ahí viene mi aversión, mi pánico a los perros. Debí entrar en una finca a coger una manzana y no puedo olvidar los gritos del dueño lanzándome al perro. "Cójelo carajo, cójelo carajo". Aquello me desaló. Era el típico perro de campo. No creo que llegara a tocarme. Salí corriendo y llegué a mi casa, asfixiado. Mi madre me decía: "¿qué te pasa, qué te pasa?", pero yo apenas tenía resuello. Esa pesadilla no la he podido olvidar".

Es parte del comienzo de un posible libro que años ha, comenzamos a pergeñar Luis y yo en la noche de los miércoles de cada semana - somos vecinos *laguneros universales* desde hace 15 años- y como atisbo, pincelada primera de una futura biografía donde estuviera plasmada parte de su mucha, variada, intensa, calidoscópica actividad que abarca no sólo sus campos científicos (él amante obsesivo de las ciencias; potente reivindicador de lo científico: no sólo humanismo sino complementación y no división de las ciencias y las artes). La nonata biografía tiene muchos folios, muchas horas de conversación grabadas – nunca más de una hora por sesión; matemático del tiempo justo- y esperemos que la vida (tan difícil en mi caso) nos dé sosiego, cerebro para echar a caminar un caro (por querido) proyecto en común.

Como profesional de la enseñanza, conocí a Luis cuando le nombraron Consejero de Educación de Canarias. Todo el mundo está de acuerdo en que ha sido el mejor de la historia de la autonomía canaria. Ese título se lo adjudican hasta sus propios adversarios políticos, porque enemigos no tiene. La razón es que *inventó*, creó de la nada (como un dios taumatúrgico) una Consejería que no existía. Dio un vuelco a aquel entramado de enchufismo y pura entelequia educativa, haciendo una Consejería – la vieja Delegación- que no fuera sólo un mastodonte administrativo, sino que dedicara sus esfuerzos a lo único importante: abrir nuevas metas a la educación. Fue aquel primer gobierno de Jerónimo Saavedra el que dedicó más y mejores recursos a la educación. Y no sólo con la construcción de centros – que crecieron como setas en otoño, pues habían 60.000 alumnos en turnos compartidos de mañana, tarde y noche, cuestión resuelta-, sino cambiando todo aquel engranaje de algo sólo para reparto de cargos y compra de tizas. Balbuena metió su olorosa nariz en todos los lugares y nos reímos, conjuntamente, cuando ahora le digo que hasta inventaron salir de clase a todo correr, con aquel Plan de Evacuación de Centros. Yo estaba de maestro en mi querido barrio icodense de La Mancha. Salir de la escuela era encontrarse en las cercanas huertas, plena naturaleza, campo ancho y largo. ¿Y si estuvieran en un centro urbano, en plena ciudad? Asentí

avergonzado cuando volví a colegios e institutos de ciudad con tráfico y vida alterada y necesidad de evacuar en cualquier momento.

Allí, en aquella inolvidable primera Consejería, fue hombre de equipo, que con sus formas suaves y silenciosas (parece que no moja pero empapa; manda sin contar con bastón de mando), creó un grupo de gentes ansiosas por servir, ilusionadas como niños con juguetes nuevos, curiosas, capaces de comerse el mundo, sin mirar horas, relojes, visas o coches oficiales. Y allí, un Luis tranquilo y activo, organizador y meticulado (apunta todo en cualquier papel que siempre encuentra), responsable e ilusionante, de profesión *escuchador*, siempre escucha y habla cuando debe, y que puso patas arriba una consejería que ha quedado como modelo a imitar, como espejo a donde mirar. Y eso sin narcisismos ni grandilocuencias, admitiendo la crítica, pero seguros de un proyecto que ya es buen material para una historia por escribir.

Y cuando terminó su mandato volvió a sus metas ansiadas: más cerca de la familia donde esperaban Raúl, Víctor y las dos Ofelias, madre e hija (ésta mi alumna, en la segunda etapa de EGB, que me sirvió para conocer más de cerca al padre). Y volvió (sobran dedos de una mano para imitación en otros políticos) a su profesión de siempre: profesor de instituto. Sin buscar oropeles, ni otros cargos. Sin coches oficiales ni tarjeta visa por venir. A dar clase, a su mundo querido de alumnos y trabajo, compañeros y tareas por descubrir. Y a dar Matemáticas como un descubrimiento, como una fascinación, como un aprendizaje amado y reconocido. Logró en sus alumnos que no solo amaran la terrible – el coco de siempre– asignatura sino que se convirtieran en portavoces, en difusores para que ese mundo de cifras y líneas dejara de ser coto cerrado para empollones. Y no sólo dentro del aula, sino que con tantos trabajos de investigación saca a las Matemáticas al aire libre y las divulga (*así sí se entienden*: dicen tantos ojos y oídos) por emisoras de televisión y radio hasta llegar a los vídeos de una asustadiza materia que se vuelve moldeable y cercana. Y funda, crea, mima, con tantos compañeros y compañeras del ancho mundo, las Sociedades Matemáticas. Y está de aquí para allá, como la caja del turrón, en congresos, seminarios y conferencias y Balbuena, que nunca ha sido profesor de nuestras universidades, haciendo más labor, llegando más allá que cualquier catedrático de sólo birrete y perorata vacía y hueca. Recorriendo los muchos confines de Europa y América llevando el buen nombre de unas islas que no sé, no sé... si se han dado cuenta del preclaro hijo que tienen.

Y amando su trabajo, sin quejas excesivas, ni miedos escénicos, siempre más cerca del principal protagonista, el alumno, de esta aventura que amanece cada día: enseñar, educar...disfrutar. Y haciendo su labor con orden y rigor, con coherencia y saber estar, estimulando, apagando y encendiendo, gerundios al fin de una labor siempre reconocida, premiada y valorada. “Nunca eché un alumno de clase”, nos decía hace poco pues a cada uno trataba con sus psicologías distintas y talentos diferentes; era como ese buen entrenador de fútbol que adapta el sistema a los jugadores y no al revés como tantos profesionales de la enseñanza porque no basta con saber: hay que transmitir. Y eso se hace con mente limpia, cielo azul de ilusión, con promesas en un mundo mejor, con aparecer cada mañana con ganas de que hoy no sea ayer, siempre innovando, adelante con nuevas banderas de esperanza.

La vida activa de Balbuena es un no parar, un reloj sin horas, una capacidad para estar en todas partes siempre con temas nuevos: lo avalan cuatro premios “Giner de los Ríos” del Ministerio de Educación por trabajos de innovación educativa: único caso ocurrido en España; encomienda de Alfonso X el Sabio por acuerdo del Consejo de

Ministros; Medalla “Viera y Clavijo” al mérito docente de la Consejería de Educación; secretario general de la Federación Española de Sociedades de Profesores de Matemáticas; presidente de la Asociación de Homenaje de Gran Canaria a La Laguna en su V Centenario (hombre de todas las islas); actualmente pertenece al Consejo Escolar del Estado y así una lista amplia de distinciones y esfuerzos desde promover un intercambio escolar con Argentina, cerca de 150 alumnos, amantes del patrimonio histórico-artístico cuando era concejal del Ayuntamiento de La Laguna con otra *hormiga atómica* de la actividad con Pepe Segura de alcalde; construir un reloj de sol con plaza canaria adjunta en su Instituto “Viera y Clavijo”; El Quijote y las Matemáticas en artículos y libros; carteles y libros sobre banderas en el mundo; libro de los calados canarios y las continuas Matemáticas; Guía Matemática de La Laguna, una obra colosal; tertuliano en radio diciendo verdades como puños

No puedo olvidar su amistad y su cercanía cuando la tragedia se cebó en mi casa y mis hijos (que también contaron con su cariño) Carlos Salvador y Beatriz se me fueron, en terrible accidente de tráfico, y con la potencia de sus 27 y 25 años. Nos pone a cada momento el termómetro de su afecto y se ha convertido en referente y organizador de la publicación de los tres libros de Carlos Salvador y de la posterior Fundación que servirá por lo que hemos luchado siempre: educar, la educación.

Ahora dicen que se jubila. Muchos no se lo creen empezando por él mismo. No estará amarrado a un horario, no asistirá a ningún seminario ni claustro de profesores, pero la brújula de su vida activa seguirá marcando el norte. Buscará otras metas, absorberá otros aires, los horizontes de su grandeza de hombre bueno no tendrá relojes que mirar pero su intenso discurrir se hará sin pausa. No sabe, no puede parar. Y es que practica la frase de Pessoa: “Pon todo lo que eres en lo mínimo que haces”.

Y siempre, siempre seguirá con sus dos operaciones matemáticas porque Luis Balbuena suma y multiplica, ni resta ni divide. La suma de la amistad se junta con la multiplicación del afecto y brota un vaso de vino para brindar por una nueva vida en la misma vida de un matemático humanista o de un humanista matemático. Los dos en un solo envase.

- **Este artículo fue publicado en el Diario de Avisos el día 11 de Junio de 2005 y con motivo de un homenaje en su jubilación y con la firma del Presidente de la Fundación Canaria Carlos Salvador y Beatriz, Salvador Pérez**